REPÚBLICA DEL SALVADOR. AMÉRICA CENTRAL.

LA CARIDAD.

AÑO 2º | SAN SALVADOR, FEBRERO 1º DE 1885. | NUM. 33.

La Iglesia y la Civilización.

[Concluye la 1ª parte.]

IX.

La Iglesia no tiene solamente el innegable mérito de haber ennoblecido y santificado el trabajo; no tiene solamente la gloria de haber hecho dar á la sociedad, conducida é inspirada por ella, pasos rápidos en el camino de la civilización; ella tiene un honor todavía más grande, una gloria todavía más pura, y es el de haber contenido la actividad humana en un sabio límite, impidiendo que se trasformara en fuente de barbarie y de opresión ese trabajo, que, practicado con discernimiento, es el medio de procurarse ventajas lícitas y honesta prosperidad.

Las escuelas modernas de economía política, infestadas de incredulidad, han considerado el trabajo como el fin supremo del hombre; el hombre mismo no se les aparece sino como una máquina más ó menos apreciable, según que es más ó menos *productiva*. De aquí el poco caso que hacen del hombre moral; de aquí el abuso indigno que hacen de la pobreza y de la debilidad los que quieren explotarlas para su provecho. ¡Qué de representaciones solemnes, qué de quejas no se hacen oír, hasta en los países que pasan por marchar á la cabeza de la civilización, con motivo del número excesivo de horas de trabajo, impuestas al que debe ganar el pan con el sudor de su frente!

Y esos pobres niños, amarrados á los talleres, donde se les aniquila con precoces fatigas, ¿no contristan el ánimo del observador cristiano? ¿No arrancarán palabras de fuego á toda alma generosa, ni obligarán á los gobiernos y á las Asambleas á preparar leyes que pongan obstáculos á ese tráfico inhumano? Si la caridad católica, infatigable en socorrer al prójimo, no viniera en su ayuda, ¡cuántos pobres niños no se verían abandonados á sí mismos, hoy que el furor del trabajo arranca, no solamente al hombre, sino también á la madre, del hogar doméstico! ¡Ah! Cuando somos testigos de estas cosas, ó las oímos contar por bocas que no pueden ser sospechosas, no sabemos como quieren poner en manos de esos bárbaros la suerte de la civilización, que ellos dicen proteger.

Pero lo que es todavía peor: ese trabajo inmoderado, que enerva y consume los cuerpos, arruina también las almas, en las cuales se borran poco á poco la imagen y semejanza divina. A fuerza de tener á los hombres encadenados á la materia, hundidos, absorbidos en ella, la vida del espíritu se adormece en esas desventuradas víctimas del trabajo, que se hacen paganas. Todo lo que eleva al hombre, todo lo que le hace ser lo que Dios quiso, el Rey de la creación, el hijo adoptivo del Señor, se oscurece ante sus ojos, cae en el olvido y deja sin freno todo lo que hay de pasiones brutales y de instintos groseros en el hombre.

En presencia de estos infortunios, enjendrados por la avaricia y el orgullo de gentes sin entrañas, se pregunta si esos factores de civilización, separados de la Iglesia y sin Dios, en lugar de hacernos progresar no nos hacen retroceder muchos siglos, haciendo renacer aquellos días lamentables, en que la esclavitud encadenaba á una gran parte de la humanidad, y en que el poeta Juvenal escribía con tristeza "que el género humano no vivía más que para divertir á un pequeño número." Ahora bien, este grande ardor que entraña nuestra edad, ¿quién puede corregirle mejor que la Iglesia Católica? Si por un lado, esta tierna madre convida á todos al trabajo, por otro emplea los medios más propios para prevenir el abuso. En efecto, sin detenernos á considerar que para ella las palabras humanidad y amor fraternal no están vacías de sentido, ¿quién ignora la eficacia maravillosa del reposo del domingo y de las solemnidades cristianas para dulcificar la amargura é interrumpir la dolorosa continuidad del trabajo, cuando ellas vienen de tiempo en tiempo á promover una alegría religiosa en la gran familia de los creyentes?

De la misma manera que en un largo viaje á través del desierto, bajo los rayos ardientes del sol, encuentra el viajero con un placer incomparable oasis, en que los grandes árboles le prestan su sombra deseada y tapices de verdura donde puede reposar, de la misma manera esos días bienhechores se le aparecen por intervalos para restaurar el cuerpo é inundar el alma de suaves consuelos. Entonces el pobre obrero sacude el polvo del campo y del taller; vestido de su traje de fiesta se siente más feliz de vivir; se acuerda de Dios que le ha creado, no para permanecer eternamente atado al carro de la materia, sinó para ser su dueño. Es para él para quien el sol envía sus rayos vivificantes; es para él para quien las colinas exhalan sus perfumes embriagadores; es para él para quien las praderas matizan sus tapices de flores, donde se va á divertir con su mujer y sus queridos hijos; es para él, en fin, para quien los bienes de Dios cubren su modesta mesa con más riqueza que de costumbre.

Entrando en la Iglesia, donde le llama la voz de la Religión, encuentra delicias que en ninguna otra parte le es permitido gustar: las armonías de los cánticos sagrados encantan sus oídos; sus ojos reposan agradablemente sobre los mármoles preciosos, sobre las ricas molduras, sobre los graciosos ornamentos, sobre la pureza de las líneas arquitectónicas; y por encima de todo, su corazón se conmueve y purifica bajo la influencia de la palabra del Ministro de Dios, que le recuerda su redención, sus deberes y sus esperanzas inmortales. [1] Y es todavía en estos días cuando las santas alegrías de la familia no se encierran solo en el dominio del deseo, sino que se convierten en realidad. Al lado de su mujer y rodeado de sus hijos ejerce la más noble y dulce de las soberanías; conoce los objetos que forman una gran parte de su corazón, es conocido de ellos, se rinde cuenta exacta de sus necesidades; y el amor del trabajo y de la economía se desarrolla en él pensando satisfacerlas. Así sale de este reposo del día de fiesta verdaderamente restaurado, bajo el aspecto físico y moral; y este descanso que se quiere llamar ociosidad censurable, es, por el contrario, una tregua fecunda; y cuando la ha gozado, vuelve á tomar el trabajo con más ardor y sin esa repugnancia que inspira, considerado como un castigo, ó como un suplicio.

¡Y aquí, cuántas cosas podríamos decir sobre esa mala costumbre que se va introduciendo de profanar estos días, que son verdaderamente los días del Señor; y que pueden llamarse también, como hemos indicado, los días del hombre! ¿Cómo no ha de sentirse uno contristado, cuando, ¡escándalo deplorable! se ve en los domingos, en los días de fiestas solemnes, las tiendas abiertas, los artesanos entregados á sus trabajos ordinarios, las máquinas funcionando, el comer-

(1) Esta pintura de la santificación de las fiestas y de la consagración del descanso á los negocios del alma, es de mano maestra; y basta por sí misma para inmortalizar el genio del sabio Pontífice que rige hoy la barca del Pescador. Jamás ha producido el pincel humano un cuadro tan hermoso de las armonías de la Religión en sus relaciones con la humanidad.

[Nota del autor de la Historia de León XIII.]

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

cio no interrumpido, en lugar de pensar en los negocios importantes del alma, en lugar de aplicarse al estudio de las verdades que deben conducirnos por el camino recto durante el tiempo y asegurar nuestro reposo eterno?

No, ese trabajo que se ejecuta con detrimento de la gloria de Dios y de los deberes más sagrados, no será jamás el que acrecentará la riqueza pública y privada. Todo al contrario; un famoso incrédulo del siglo pasado lo ha dicho: "El pueblo no tiene solamente necesidad de tiempo para ganar su pan; la tiene también para ganarle con placer, sin lo cual no lo ganará largo tiempo. Un día de fiesta reaviva las fuerzas debilitadas del hombre, que vuelve en seguida á su trabajo con más alegría y ardor.

X.

La pintura que acabamos de trazar, de una manera bien rápida, en comparación de lo que hemos pasado en silencio, hará comprender cuán injusta y sin fundamento es la guerra que los incrédulos han declarado á la Iglesia en nombre de la civilización, en tanto que ésta es la realización de las condiciones por las cuales el hombre se perfecciona bajo la relación física y material. Al contrario, es claro que la civilización no existe cuando los pueblos, sustraídos á la disciplina maternal de la Iglesia, se dejan arrastrar por las pasiones que alteran y corrompen siempre lo que en sí es bueno y saludable.

Mas para hacerlo mejor comprender, nos parece bueno insistir sobre este asunto, que, á causa de las ideas emitidas y de las prevenciones generales, tiene, como ya lo hemos dicho, una importancia capital; á fin de sentar mejor la convicción de que la civilización, no solamente nada tiene que temer de la Iglesia, sino que todavía debe esperarlo todo de ella y de su concurso.

Sería una locura negar un hecho que salta á la vista, á saber, que la ciencia, á fuerza de estudios contínuos, de hábiles experiencias, se ha apoderado de muchas fuerzas que en la naturaleza no estaban conocidas del hombre, ó se escapaban á su dominio. Estas fuerzas, empleadas con mucho arte y con la ayuda de máquinas ingeniosas, han hecho la producción más rápida, menos costosa, y por consecuencia, la satisfacción de las necesidades más fácil.

Nada mejor que estos descubrimientos; pero los incrédulos han querido servirse de estas pacíficas y fáciles conquistas de la ciencia sobre la naturaleza para atacar y herir á la Iglesia, como si ellas hubiesen sido realizadas contra su gusto y contrariando sus deseos. El pretexto inventado para dar crédito á esta odiosa calumnia es que la Iglesia se preocupa exclusivamente de la santificación de las almas, é insinúa en los corazones un místico alejamiento de las cosas terrenas. De aquí la conclusión de que todo el bien que ha resultado ó debe resultar de estos progresos, se debe á la rebeldía de lo que se ha convenido en llamar *espíritu moderno* contra la influencia de la Iglesia.

¿Puede imaginarse una acusación más necia y menos fundada? Cierto, la Iglesia no cesa y no puede cesar de repetir: "Que el alma y su salud eterna son el negocio más importante de que debemos ocuparnos, &."

Es una dicha inestimable que tales enseñanzas se hagan oír entre los hombres; pero no se ha de decir por esto que la Iglesia es enemiga del estudio de la naturaleza y de la exploración y aplicación de sus fuerzas á la producción de lo que sirve para los usos de la vida. Bien al contrario, se reconoce cuando se reflexiona, que la Iglesia, estando destinada por la naturaleza de las cosas á favorecer esos estudios y descubrimientos, no puede ser su enemiga.

Examinad. ¿Puede desear la Iglesia alguna cosa más ardientemente que la gloria de Dios y un convencimiento más perfecto del Artífice Supremo que el que se adquiere por el estudio de sus obras? Si el Universo es un libro, en cada una de cuyas páginas están escritos el nombre y la sabiduría de Dios, es cierto que saldrá más lleno de amor de Dios el que haya sabido leer más claramente en ese libro. Sí basta tener dos ojos en la frente para reconocer que el firmamento proclama la gloria del criador; dos oídos para escuchar la palabra de alabanza que el día repite al día, y los secretos de la ciencia divina que la noche trasmite á la noche, ¡con cuanto más brillo se manifestarán el poder y la sabiduría de la Divinidad á la mirada del que observe los cielos y la profundidad de la tierra, los astros luminosos y el átomo, las plantas y los arbustos, reuniendo en su mano las pruebas constantes que el pensamiento supremo ha ordenado en todo con peso y medida!

¡Y se pretende que la Iglesia sea sistemáticamente hostil ó simplemente fría é indiferente para con los estudios é investigaciones que conducen á un resultado tan precioso, obstinándose en tener el libro cerrado, á fin de que nadie pueda leer en él!.

Es preciso no conocer las llamas de celo que devoran el corazón de esta Esposa de Jesús para dar fé á parecidas estravagancias.

XI.

Pero al lado del celo por la gloria de Dios brilla en la Iglesia otro amor no menos ardiente; el amor por el hombre, el vivo deseo de que sea restablecido en todos los derechos que le ha dado su creador. El hombre ha recibido de Dios por herencia en el tiempo esta tierra donde vive y donde ha sido establecido como señor. La palabra que resonó en la mañana de la creación: "Someted la tierra y dominadla", no ha sido retirada. Si el hombre hubiera perseverado en el estado de gracia y de inocencia, habría ejercido su imperio sin esfuerzo: la sumisión de las criaturas habría sido espontánea, en tanto que hoy la dominación es penosa y las criaturas no sufren el yugo sino por la violencia.

El dominio subsiste todavía, y la Iglesia, que es una Madre, no puede sentir verle ejercer, ni alegrarse más que cuando el hombre muestra ser lo que es en realidad, el señor de la creación. Ese derecho lo ejerce cuando desgarrando los velos que cubren sus posesiones, no se detiene en lo que está bajo el dominio de sus ojos ni toca con sus manos, sino que, penetrando en el corazón mismo de la naturaleza, recibe los tesoros de fecundidad que le arrancan sus fuerzas, y los utiliza en su provecho y en el de otro.

¡Cuán bello y majestuoso aparece el hombre cuando manda al rayo y le hace caer impotente á sus piés; cuando llama á la centella eléctrica y la envía, mensajera de su voluntad, al fondo de los abismos del Océano, y por encima de las montañas abruptas, á atravesar las llanuras interminables! ¡Cuán glorioso se muestra cuando ordena al vapor que fije alas en sus espaldas para conducirle con la rapidez del relámpago por mar y por tierra! ¡Cuán poderoso es cuando, por su genio, domina esta fuerza, la hace cautiva y la conduce á través de los senderos que ha trazado para darle movimiento, y cuando su inteligencia vence á la materia bruta para evitar las más duras fatigas! Decid, ¿no brilla en él una centella de su Creador cuando evoca la luz y la esparce en las calles de las ciudades para esclarecer las tinieblas de la noche y llenar con sus esplendores los salones y palacios?

Y la Iglesia, esta Madre que sigue con ternura los progresos de sus hijos, está tan lejos de oponerse á ellos, que se regocija y se llena de alegría presenciándolos.

XII.

¿Qué razón puede haber para que la Iglesia se muestre celosa de los progresos maravillosos, realizados por los estudios y descubrimientos de nuestra época? Hay, sin embargo, alguna cosa que de cerca ó de lejos, puede herir los intereses de Dios y de la fé, de los cuales es guardián é infalible maestro.

Bacón, que se ilustró en el cultivo de las ciencias físicas, ha escrito que un poco de ciencia aleja de Dios, pero que mucha ciencia acerca á Él. Esta palabra de oro es siempre igualmente verdadera; y si la Iglesia se espanta de las ruinas que pueden amontonar esos hombres vanos que imaginan haberlo comprendido todo porque tienen una ligera tintura de todo, ella se confía de buena voluntad á los que aplican su ingenio al estudio serio y

(Continúa 17 pgs más atrás encuadernado en el nº 37)

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

— Sí señor, ya casi habla.
— ¿Es audaz?
— Muchísimo.
— Pues entonces.....

LUIS TABOADA.

"Las Novedades" de Nueva-York.

Haced bien á los que os aborrecen.

Eran los lóbregos días de la revolución francesa de 1793. Los esbirros de la fementida República iban á caza de curas y nobles como lobos carniceros. En una choza pobre y solitaria, el Cura de Figeac celebraba en las tinieblas los santos Misterios, rodeado de una multitud silenciosa y devota. De repente óyese el pisoteo y el confuso murmullo de gente que se acerca recelosamente: un muchacho entra en el sagrado recinto y grita: "Vienen los soldados." El terror y la confusión se apoderan de la piadosa asamblea; hombres, mujeres y niños se abalanzan en tropel hacia la puerta para evadirse. El sacerdote volviéndose hacia el pueblo y sin conmoverse dijo:

—Hermanos míos, el Sacrificio empezado se debe concluir, Dios está con nosotros; roguemos.

Y vuelto de nuevo hacia el altar consumió las sagradas especies. Entre tanto el tumulto iba creciendo; los soldados habían ocupado el tugurio y su entrada. El sacerdote había aprovechado aquel alboroto y agitación personal para despojarse de los ornamentos sagrados; y ayudado por algunos hombres más animosos, que sabían ser él la presa más anhelada por los corchetes, había logrado escaparse por una ventanita lateral, que daba en el campo. Dióse á correr á toda prisa, más no pudo ocultarse á la vista perspicaz de los soldados. Divisándole á cierta distancia, destacáronse dos de ellos y empezaron á perseguirle. Cruzando cercos y tapias, sin saber por donde iba, hallóse el cura en el borde de un caudaloso río; echóse á nadar, ganó la orilla opuesta, y viéndose en frente de un enorme peñasco, comenzó á trepar por sus lados hasta que subiendo á su cima fué perdido de vista por sus perseguidores. Arrodillado para dar gracias á Dios y tomar aliento, teníase ya por seguro cuando oyó un grito lastimero de desesperación y dolor. Volvió á la extremidad del peñasco, miró para abajo y vió á uno de los soldados que luchaba con la corriente á punto de ahogarse.

"Haced bien á los que os persiguen y aborrecen, dijo para sí, corramos á amparar á este desdichado."

Y bajó con la misma celeridad con que había subido. En llegando al río el soldado había desaparecido; pero el Cura se arrojó en el agua y dos veces se zabulló buscando á su enemigo. Al fin reapareció sobre el agua llevando hacia la orilla el cuerpo insensible del infeliz.

En pocos minutos empezó éste á recobrar los sentidos por los cuidados del heroico Cura. ¡Cuál fué su sorpresa al ver á quien debía su vida!

—¡Cómo! ¡vos, señor Cura! ¿sois vos quien me ha salvado?

—Sí, señor; y ahora soy vuestro prisionero, aquí me tenéis.

—¡Vive Dios! que moriré antes de tocaros un solo cabello, señor Cura; vos no sois un hombre, sois un ángel.

—Pues ¿por qué me perseguíais? ¿por qué me queríais matar?

—¡Ah! ¡que nos tienen engañados! nos hacen creer que sois unos tigres sedientos de sangre humana, y yo he hallado en vos mi mas grande bienhechor y amigo. Pero vienen soldados; huid, señor cura, escondeos, escapad; yo no os podré salvar; huid mientras os queda tiempo.

—Y vos, mi buen amigo, quedaos con Dios, y poned el colmo al consuelo que tengo de haberos salvado la vida, dejando de perseguir á los que solo quieren servir á Jesucristo. A Dios.

Y los dos se separaron para no encontrarse ya más en esta vida.

De "El Círculo Católico" de Méjico.

El destino de un suicida.

Acababa de morir un suicida, y el Angel de la guarda llevó su alma ante el tribunal de Dios.

La sangre derramada por este infeliz no había salpicado solo su nombre; ha manchado también su alma y la había puesto negra; negra como el pecado que sumergió á Luzbel en el averno.

El Angel, cubierto con sus alas, le acompañaba avergonzado; que el Angel de la guarda, por malos que seamos, no nos abandona hasta que el Juez supremo nos absuelva ó condene.

Oyóse en el espacio un trueno que hizo temblar al suicida, y apareció en las nubes Aquel que había de juzgarle. "La gloria de este Juez cubre los cielos, su esplendor brilla como el sol, y la nube que vela su majestad despide rayos."

Mira el desgraciado suicida, y de sus ojos salen dos llamas de fuego.

—¿A donde vas? le dice; ¿quién te ha llamado aquí?

—Señor, era infeliz en el mundo, y puse fin á mi existencia.

—A una existencia que no era tuya, porque ni de tí ni de hombre alguno la habías recibido. Yo te formé del polvo de la tierra. Yo te dí un alma hermosa y pura como el Angel que asiste cerca de mi trono. Yo te crié para que reinaras en el cielo. ¿Por qué cambiaste tu destino? Pero ¿en qué consistía tu infelicidad?

—Era rico, y perdí en el juego mi fortuna, y no podía vivir en la miseria.

—¿Y no sabes que Yo soy el que lo dispone todo y el que todo lo dirige con su mano omnipotente? ¿Hacían las riquezas tu felicidad? Yo te las quité para tu bien. Un día que tenías oro y tierra dijiste blasfemando: "Yo no necesito nada, ni aún de Dios." Y no sabías que eres miserable y digno de lástima, y pobre, ciego y desnudo.

—Era un hombre honrado, y un día sucumbí á la tentación, y cometí un gran crimen, y me cogieron infraganti, y no podía vivir en la deshonra.

—Por malo que sea el hombre, le están abiertas siempre las puertas del arrepentimiento. Yo soy grande y mi misericordia es infinita. Yo perdono al pecador arrepentido, y cuando Yo perdono, el trabajo y las virtudes calman la indignación de la ultrajada sociedad.

—No era feliz en la tierra, y dije: "Descansaré en la sepultura."

—¿Y quién es feliz en la tierra? ¿No sabes que el mundo es una mansión de desdichas, un valle de lágrimas? Nadie, nadie puede decir: "yo soy dichoso," ni el rey ni el último vasallo; ni el rico ni el mendigo. Se ha dado al hombre vivir en la tierra para conquistar á fuerza de trabajos el reino de los cielos. Por eso todos los goces del mundo acaban con lágrimas, y el dolor está mezclado con la risa. Pensabas descansar en el sepulcro, sin recordar que hay en tí un alma inmortal que no puede volver á la tierra, porque no fué formada de la tierra. Mira insensato, tú que no quisiste creer en otra vida.

Dijo el Señor, y con su dedo omnipotente mostró al suicida todos los pueblos de la tierra.

—Mira, — le dijo, y vió dolores y placeres, vicios y virtudes. Allá reyes magnánimos visitaban y socorrían á los pobres; aquí opulentos cortesanos pasaban en orgías los días y las noches. Allá los ladrones y asesinos perseguían á las caravanas en el fondo del desierto; acá los religiosos acortaban su vida en medio de las nieves para salvar la del viajero extraviado.

Y volvió á hablar el Señor al suicida, y le dijo:

—¿Has visto tanta virtud y tantos crímenes? Muchos son ignorados en la tierra, y muchos quedan sin recompensa y sin castigo. ¿Y habían de ser iguales los buenos y los malos cuando les cubra la losa del sepulcro? No, no. Yo estoy en todas partes; Yo, que veo lo que se hace ocultamente, doy en la eternidad el premio y el castigo. Desnudo y solo viene á mí el opulento cortesano; desnudo y solo el rey, solo el vasallo, sola la dama que hacía las delicias de los hombres, sola la pobre huérfana y la viuda. Y aquí, temblando en presencia del que Es, escuchan su sentencia de rodillas.

¿Ves aquel torrente de luz que hiende el aire? Es el alma de un hombre que fué despreciado por el mundo. Lloró, sufrió más que tú has sufrido, pero no perdió su fe ni su esperanza.

Y pasaron sus días y sus lágrimas, y viene á ser feliz eternamente.

Mas tú, rebelde y orgullosa, que pensabas descansar en el sepulcro, serás horriblemente desgraciada, y lo serás para siempre, para siempre.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Tú lo has querido; no has sido fuerte para vencer las tentaciones y llevar los trabajos de la vida: no eres digno de reinar con los fuertes en el cielo.'

Cesó de hablar; se conmovió el espacio, y desapareció el Señor de los ejércitos.

Y el infeliz suicida quedó solo, y dejó de ver á su Juez irritado; y vió debajo las llamas del infierno, y contempló la interminable eternidad, y se precipitó blasfemando en el abismo; y sintióse desgarrado por el remordimiento de sus crímenes, mientras que el Angel de su guarda, agitando sus alas de rey, y cruzando el espacio, le decía:

"Tú lo has querido; no has sido fuerte para vencer las tentaciones y llevar los trabajos de la vida: no eres digno de reinar con los fuertes del cielo."

"El Círculo Católico" de México.

EN LA REJA.

Vamos, hoy podemos verle
dice la madre á la niña;
y una y otra de la mano
á la prisión se encaminan.

Llegan, patios atraviesan,
puertas y salas sombrías:
al fin al pie se detienen
de una alta reja maciza.

El centinela golpea,
y asoma un hombre, que indica
ser un sacerdote, — auséntase,
y aparece una faz lívida.

De mal atado pañuelo
cubierta la sien tenía,
el rostro muy demudado,
y la barba muy crecida.

La madre, á ocultar su llanto,
los ojos á tierra inclina,
en tanto en alto suspende
de los brazos á la niña.

Con ansia los suyos saca
el cautivo á recibirla,
y llena de ardientes besos
sus labios y sus mejillas.

"¿Qué me tienes hoy guardado?
Dame pan" — Dice la niña —
"Desde que tú te mudaste
tengo hambre noche y día."

Un mar de lágrimas nubla
del cautivo las pupilas;
y dándole un pan negro,
convulsivo la acaricia.

Luego besó aquellas manos
que á la niña sostenían,
puso en ellas, en memoria,
una gastada sortija.

Y en súbito movimiento
de la reja se retira,
lanzando allá entre las sombras
un rugido de agonía.

Aguarde..... —entre mil sollozos
dice la madre — *Bendícela*.....
mas oye solo el acento
del confesor que le auxilia,

Y á tierra exánime viene
mientras la inocente niña
sigue, un pan devorando
con indecible alegría.

José Antonio Calcaño,
(Venezolano)

En el album de Esmeralda.

Pero ha de entrar un profano
A un cristiano templo? — nó!
Tu album es templo cristiano,
El profano, Lola, yo!

Debo entrar! — nó!.... sí, adelante
(Tú Lola, has de perdonar)
Resolución, la del Dante
Cuando al infierno iba á entrar!

***

Te he oído cantar, qué cantos!
Cómo deleitan al alma!
Así cual coloquios santos
De amor en noche de calma.

Te he oído cantar, qué suave
Es tu canto, qué sublime!....
Has oído como un ave
En las noches canta y gime?

Y verdad, bella Dolores,
Verdad que esos cantos son
Los dulces cantos de amores
De alguna alma á un corazón?

Verdad que entonces se sueña
Estar con Dios en el Cielo?
Verdad que el alma, risueña
A lo infinito alza el vuelo?

Así pues, Lola, tu canto
Me hace olvidarme del mundo:
Todo lo llenas de encanto
Con tu canto jemebundo!...

Mañanas primaverales
Hacen sonreír á las flores,
Como tú con tus cantares
Al alma encantas Dolores!

.....

Ya basta, es temeridad
Que escuches locura tanta;
Sólo acepta mi amistad.....
Y canta Dolores, canta.

Adolfo Castro.

Cojutepeque, Abril, de 1885.

GACETILLA.

Palabra heroica. — Era en el sitio de Estrasburgo; no se podía defender la muralla, porque llovían los proyectiles enemigos.

Muy cerca de mí, nos dijo un testigo de esta terrible escena, cayó una bomba que puso fuera de combate á uno de nuestros soldados. En seguida se presenta una Hermana de la Caridad, y en el momento que se inclina para socorrer al herido, la heroica mujer cae dividida en dos partes por otra bomba.

Otra hermana corre á ocupar su lugar.

—Retiraos, le dije con fingida aspereza; ya lo veis no es éste vuestro puesto.

—Perdonad, señor; dijo con una sonrisa que jamás podré olvidar; ya sabeis el adagio: "Cuando se rompe un ladrillo, se pone otro en su lugar."

Aquellos de nuestros lectores á la vez escritores, que se dignen pasar la vista por el remitido del señor Presbítero Chávez, que publicamos en el presente número, al llegar á la parte que dice: *y no como tantos y tantos que ocupan sus plumas en cosas inútiles, perjudiciales y deshonrosas*, barajen con nosotros, que más de una vez habremos escrito cosas inútiles.

Una Hermana de San Vicente de Paul y una señora francesa han fundado en Nueva York dos hospicios y un asilo para niños desamparados. En este asilo hay 10,000 niños y 1,700 son alimentados fuera; en el torno se reciben 50 diariamente; cada mes se pagan 10,000 duros á las nodrizas, cantidad que va aumentando progresivamente.

María Zaldivar.—La madrugada del 17 del mes corriente ingresó á esta ciudad la inteligente y muy estimable señorita María Zaldivar, que ha permanecido hace algunos años en Europa. Viene á vivir al lado de su amada madre doña Sara de Zaldivar, á quien no dudamos servirá de grandísimo consuelo en las circunstancias que atraviesa.

Nosotros cumplimos el grato deber de saludar á la digna y decidida protectora de los enfermos del Hospital; complaciéndonos en publicar que los importantes servicios personales que ha prestado á los pobres de dicho establecimiento, á quienes ha sabido socorrer, y las demás virtudes que la adornan, le han traído, junto con la gratitud de los favorecidos, el aprecio y consideración de muchos, entre los cuales tenemos el gusto de contarnos.

Está ya terminado el hospital del Vaticano, para coléricos, que el año pasado mandó construir el Papa. Puede contener 160 enfermos y su instalación se ha hecho con arreglo á los progresos de la ciencia y especialmente con arreglo á las últimas observaciones hechas en la epidemia colérica última. Todas las salas pueden lavarse instantáneamente con agua caliente ó fría, pues en cada cuarto y en cada corredor hay grifos y bombas para lanzar el agua que calienta constantemente una máquina de vapor. Las casas inmediatas han sido compradas por el Papa y preparadas para alojamiento de médicos, enfermeros y religiosos. En resumen el hospital es un monumento que atestiguará á las generaciones venideras la Caridad de Leon XIII, que si no ha podido levantar como sus antecesores, por la falta de medios materiales, palacios á la indigencia, ha hecho por los enfermos lo que no hacen muchos reyes más ricos que él.

Imprenta del Dr. E. Sagrini, calle de la Aurora N.º

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas